

Ama dice:

–No, nada de cestas de comida. ¡Nuestra tierra es pródiga!

El coche nos espera al otro lado de la puerta del jardín. Un caballo es castaño y el otro negro. El cochero parece una estatua sin ojos ni oídos. Martxel lleva las redañas y la caña de pescar, y yo el gancho y la bolsa de lona.

–¡Vamos, aprisa, que hemos de dar una gran vuelta antes de llegar a la playa! ¡El día es tan hermoso que parece el primero de la Creación! ¿Estás contento, Jaso? Dios no podía regalarte un día mejor para tu cumpleaños. ¿Cuántos años cumples hoy, Jaso? –dice Ama.

–Siete –digo.

Ama me abraza y me besa. El calor de su cuerpo pasa al mío. Sus lágrimas caen sobre mi frente.

–¡Mi viejo Jaso! ¡Siempre te tendré bien abrazado..., así, así..., para impedirte crecer! ¡Quiero mandar en la vida de mis propios hijos!... ¡Oh, Dios mío, el sol ya está muy alto! –dice Ama.

Se adelantan la Chica y el jardinero, pero somos mi hermano Martxel y yo quienes ayudamos a Ama a subir al coche. Luego, Martxel coge a la pequeña Fabi y la pone en brazos de Ama. Luego, Martxel y yo subimos y nos sentamos en el asiento de enfrente. Ama quita con un pañuelo blanco los mocos a Fabi.

–Ya estamos –dice Ama al cochero.

El coche se pone en marcha: está lleno de ese olor tan fuerte a día de pesca que sueltan las sardinas atadas a la cuerda gor-

da que atraviesa como un diámetro cada redaña. El grupo de criados nos mira en silencio desde el jardín. Ama les ha puesto, a ellos y a ellas, uniformes nuevos para este día. La Chica es la que sostiene en sus manos la cesta con la comida que Ama se ha negado a llevar. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que ha engordado la Chica. Nuestra casa se hace cada vez más pequeña. Las ruedas saltan sobre el barro seco y las piedras del camino, y Ama, Martxel, Fabi y yo también saltamos sobre nuestros asientos.

—¿Por qué no me dejas llevar los caballos, Ama? —digo.

—Porque eres demasiado viejo —dice Ama.

Martxel se ríe.

—Yo sí que los podría llevar —dice.

—No sé por qué crees que puedes hacer algo que no pueda hacer tu hermano —dice Ama.

—Porque soy mayor que él —dice Martxel.

—Sí, los dos sois ya unos viejecitos arrugados —dice Ama, temblándole la boca.

—Yo no puedo llevar los caballos. Estoy seguro de que no puedo llevar los caballos —digo.

—¡Ah, mi niñito pequeño! —dice Ama, inclinándose sobre mí y acariciándome la cara con sus manos calientes como buñuelos—. Y tú, Martxel, ¿verdad que tampoco puedes llevar los caballos?

Miro a Martxel.

—No, Ama, no puedo llevar los caballos —dice Martxel.

Ama también le acaricia a él y no puede contener sus lágrimas.

—Sois mis niños para toda la vida —dice. Abraza a Fabi hasta casi ahogarla—. Estoy a tiempo de impedir que mi niña crezca. ¡Ya no celebraremos más cumpleaños en la familia!

—Todos los años dices lo mismo —dice Martxel.

—¡Porque todos los años pienso lo mismo! —dice Ama.

—¿Vendrá Aita a la merienda de la tarde? —dice Martxel.

—Me lo ha prometido. ¡Si la celebración del cumpleaños de su hijo no es suficiente motivo para que abandone por un rato sus malditos despachos...! —dice Ama.

—Aita es más viejo que Jaso —dice Fabi.

Ama nos mira a los tres, uno a uno, y yo la miro a ella, y de pronto me encuentro temblando.

—Yo nunca seré tan viejo como Aita —digo.

—Os aseguro que en nuestra familia nunca más se celebrarán los cumpleaños. ¿Verdad, hijos míos, que entre los cuatro conseguiremos detener el tiempo? Cochero, rebaje usted la velocidad, que no se note que viajamos. Desde hoy, viviremos de espaldas al tiempo. Niños míos: cerrad los ojos para no ver la huida del paisaje —dice Ama.

Cierro los ojos. Los abro una rendija para ver si Martxel y Fabi los han cerrado, y sí los han cerrado. Y lo mismo Ama. Veo, también, que el cochero se vuelve a mirarnos desde su asiento alto.

—Bien sabe Dios que yo nunca he sido una mujer cobarde —dice Ama.

—Pues si no hay merienda, podremos pescar mucho más rato —dice Martxel.

—¿Quién dice que hoy no habrá merienda? —dice Ama.

—Tú lo dices —dice Martxel.

—Hablaba del futuro, no del día de hoy —dice Ama, mirando con ojos brillantes los árboles, las huertas y los prados que escapan a un lado y a otro.

—¿Habrá chocolate con churros y estarán Juan, Andrea y Roque de Altubena? —dice Fabi.

—Sí, mi niña —dice Ama.

—El viejo Satordi es muy viejo —dice Fabi.

—No llames viejo a Satordi Altube. Es un patriarca —dice Ama.

—¿Vamos a Altubena, señora? —dice el cochero.

–No, al regreso. Ahora, a Etxabbarri –dice Ama.

–¿Podemos abrir ya los ojos, Ama? –dice Martxel.

–¿Aún no los habéis abierto? ¿Y a qué esperáis? ¿Para qué creéis que os he traído a este largo paseo? Mirad con recogimiento vuestra tierra... Fabi, ¿cuáles son tus apellidos? –dice Ama.

–Baskardo, Oiaindia... –dice Fabi.

–Sigue, sigue... Tienes muchísimos más –dice Ama.

–No me acuerdo –dice Fabi.

–¿Ni siquiera el tercero? –dice Ama.

–No me acuerdo –dice Fabi.

Ama acaricia los rizos de Fabi.

–¿Qué te pasa, Ama? –digo.

–Bien sabe Dios que yo nunca he sido una mujer cobarde –dice Ama.

–¿Qué te pasa, Ama? –digo.

–Un pájaro –dice Fabi.

–¿Dónde? –dice Martxel.

–En aquel árbol –dice Fabi.

–¡Es una chonta! Voy a bajar a tirarle una piedra –dice Martxel.

–No. Hemos venido a admirar el paisaje, no a matarlo. No se pare, cochero... ¿Quieres romperte la cabeza, Martxel? La vida de ese pobre animalito es tan valiosa como tu propia vida –dice Ama.

–Pues Aita ya mata animales –dice Martxel.

–Pero no aquí, sino en África. Creo que mi único triunfo sobre vuestro padre ha sido mandarle a cazar a ese lugar salvaje lleno de negros –dice Ama.

–Aita tiene las mejores escopetas del mundo –digo.

–No se llaman escopetas, sino rifles –dice Martxel.

–Vuestro padre lo destruye todo –dice Ama.

Marchamos en silencio durante un rato. Sólo Martxel dice:

–A las chontas se les queman los ojos para dejarlas ciegas y que canten dentro de la jaula.

De pronto, al salir de un bosque, vemos a lo lejos la mar.
–¡No hay olas! ¡Tendremos buena pesca! –dice Martxel.

–Las gaviotas son más hermosas que los cisnes... ¿Las ves volar, Fabi? –dice Ama.

Fabi se pone en pie, pero un brinco del coche la lanza contra el borde de nuestro asiento. Llora, cubriéndose la frente con las manos.

–Por tonta –dice Martxel.

–¿No podías haberla sostenido? –dice Ama.

Han rodado también por el suelo el gancho, el saco, las tres redañas y la caña de pescar.

–Lo siento, señora. Estos caminos están intransitables –dice el cochero.

–Son los caminos del campo y están muy bien como están –dice Ama.

–¡Tengo sangre! –dice Fabi.

–No es nada, mi niña. Verás qué pronto te cura tu Ama con su pañuelito... –dice Ama.

–¿Qué te pasa, Ama? –digo.

–Fabi tiene más sangre –dice Martxel.

–No importa... ¡Dios mío!, ¿por qué hoy, precisamente hoy, se me cae encima el miedo? ¿Qué aviso, que todavía ignoro, me ha mandado el Señor? –dice Ama.

–¡La marea está bajando! –dice Martxel, puesto en pie, dando saltos.

–¿Cómo lo sabes? –digo.

–¿No ves la raya que ha dejado la mar en la peña grande de Abasota? ¡Vamos a llegar tarde, Ama! –dice Martxel.

–Bien sabe Dios que yo nunca he sido una mujer cobarde... ¡Y en un día tan espléndido como hoy! Mi pequeña Fabi..., ¡no crezcas nunca! –dice Ama.

–¡Me haces daño! –dice Fabi.

Pero Ama no afloja el abrazo, y Fabi forcejea para soltarse.

Todos supimos que, con su muerte, acababa de clausurarse una época, un capítulo o lo que fuera de la historia de Getxo, y que, en adelante, tendríamos que acostumbrarnos a vivir sin él.

Más que de su presencia física, se trataba de su mito, de la resonancia de un nombre que había traído demasiados cambios a nuestra vieja comunidad, que había significado demasiadas cosas, buenas y malas, y que había acaparado demasiado tiempo de tertulias y chácharas en mostradores y cocinas; un nombre que flotaba sobre nuestras cabezas desde hacía casi un siglo, despertando orgullo o provocando maldiciones, o ambos requerimientos juntos —en una de las contradicciones en que se debate nuestro nacionalismo—, y, ciertamente, la mayoría de nosotros no sabía con cuál de los dos sentimientos quedarse. Pues si por un lado Camilo Baskardo había llegado a constituir un grado de vasco revestido de los mejores atributos de la raza, por el otro, la parte más tradicional y sabiniana de nuestro pueblo no podía ignorar que él era uno de los grandes culpables de tanta industria y tanta fábrica, de tantas minas y altos hornos, de la cloaca en que se estaba convirtiendo la ría, del aluvión de inmigrantes, de la pérdida de tanto pasado, de la, en fin, «maldita industrialización», como decía don Manuel.

Sin embargo, en aquel año de 1942, a su muerte, descubrimos que su mito se hallaba por encima de todo esto, que era demasiado nuestro para ser sometido a juicio. Simplemente, ad-

vertimos esa sensación de vacío irreparable que acompaña a la ablación de un brazo o una pierna.

De modo que aquel mismo 3 de marzo, un día de llovizna triste, me dirigí al encuentro con don Manuel.

—Y, ahora, ¿quién de ellos le relevará?

Eran las seis y pocos minutos, la chavalería acababa de abandonar la escuela y don Manuel escuadraba las manoseadas hojas de los ejercicios —tan idénticas a las que yo usé en aquellos mismos pupitres que parecían ser las mismas— golpeando delicadamente su canto contra la misma mesa del maestro que también presidió mis clases.

—Más exactamente —dijo, sin interrumpir su trabajo—: ¿a quién se lo permitirá Ella, o quién tomará ese relevo *a pesar* de Ella? Quienquiera que herede el trono, ya no será lo mismo. A pocos humanos se les concede el privilegio de erigirse en creadores de mundos, de imponer a los demás casi un nuevo estilo de civilización, partiendo de cero o, al menos, partiendo de otro mundo, tan distinto y lejano que no sólo no deseaba el cambio, sino que ni siquiera sospechó que el destino iba a jugar con él a las liquidaciones.

Abrió una carpeta de cartón color teja, de bordes desmigados, introdujo en ella las hojas y la cerró con las gomitas de los ángulos.

—Camilo Baskardo, o Bascardo, con *c*, como él mismo empezó a escribir su apellido, castellanizándolo, a partir del frustrado intento de asesinato por parte de su hijo Josafat, en la segunda década del siglo —continuó don Manuel—. Camilo Bascardo, el marqués, ha muerto a falta de una verdadera descendencia. Deja dos hijos vivos y uno muerto, sin nietos de ninguno. Moisés, Josafat, Fabiola..., ninguno pudo hacer abuelo a Camilo. Sí que Fabiola tuvo a Flora, pero no del castrado de su marido.

—Y, aquí, entra Ella...

—Sí, «nuestro azote particular». Tiene ya setenta y dos años y se nos morirá (a pesar de todo, debemos creer que no es inmortal) sin que sepamos la razón íntima de su ensañamiento contra nuestra comunidad.

—Tenía hambre —señalé.

—Tenía odio —saltó don Manuel, con una repentina chispa angustiosa en sus ojos—. Pero, en ella, el odio no era simplemente humano, sino histórico. Quiero decir, que era un odio marcado por el destino, por nuestra fatalidad como pueblo; puesto en marcha con la implacabilidad de una plaga bíblica.

—Odio. Bien. Entonces, ¿por qué no pensar que fue elegida para desempeñar el papel de vengadora por esa muchedumbre de braceros explotada a diario en nuestras minas y fábricas? Históricamente, alguien tenía que hacerlo algún día. Incluso bíblicamente.

—No mezcles las cosas, Asier. *Nuestro azote particular* no fue elegido en ninguna asamblea de proscritos, sino que Ella se eligió a sí misma, eligió la intensidad de su odio y eligió a su víctima, a nosotros. —Le miré y movió la cabeza—. Bueno, al menos, concédeme que esa mujer apareció, surgió, brotó en Getxo e hizo lo que tenía que hacer, impulsada por esa razón íntima que, seguramente, ya nunca conoceremos. Y ahora no me refiero a esa otra razón histórica o bíblica que se sirvió de Ella como instrumento, y por la que podría resultar relativamente inocente; aunque la fatídica razón histórica o bíblica, ¿dónde habría encontrado un instrumento con el odio preciso y adecuado mejor que en Ella? En cualquier caso, estoy de acuerdo con la esposa de Camilo, a quien se le ha oído calificarla como «la Maldad», con mayúscula.

—Sencillamente, tenía hambre —repetí.

Don Manuel se puso en pie con la agilidad de un muchacho.

—¡Pero nosotros éramos inocentes! —exclamó—. No nos merecíamos cómo nos trató. Si aún sobrevivimos se debe a que somos un pueblo fuerte.

«No cree en nada de lo que está diciendo», pensé. «Pero, ya, en 1942, es lo único que les queda a todos ellos.»

—Profanó nuestra tierra y a nuestras gentes. Humilló, mercantilizó cuanto tocó. No éramos, no somos perfectos, pero Ella precipitó la marcha de un tiempo prostituido que no nos merecíamos y que, si ya estaba corriendo sin su ayuda, la parte más sana de nuestro pueblo habría sabido cortar a tiempo el maldito proceso. Pero *nuestro azote particular* no lo permitió. No era, Asier, no era una simple mujer luchando por medrar (y esto lo habríamos soportado, lo hemos soportado en otros), sino un espíritu negro impregnando a personas y cosas, hasta lograr que el nuevo estilo les pareciera a todos no sólo irremediable sino natural e, incluso, apetecible. Y si Ella fue capaz de...

—A eso se le llama fe.

—... arrastrarnos... ¿Qué has dicho?

—Que eso es fe.

—¿Fe?

Me miró como si yo acabara de inventar esa palabra.

—Sí, es fe. No hay duda de que es fe —pronunció, recomponiéndose trabajosamente por dentro, mientras regresaba a su silla dándome la espalda.

Y se lo tuve que decir:

—¿Es usted el mismo hombre que en esta misma aula, y luego en las clases particulares de Altubena, me ensalzaba el saludable empleo de la razón por parte de los clásicos?

—Entre aquel hombre y el de hoy se ha interpuesto una guerra. Hoy me siento un animal perseguido.

Y aún me atreví a decirle:

—A un pueblo no se le ayuda con mentiras o medias verdades, y ninguna fe garantiza la verdad, ni siquiera la fe en nuestro pueblo.

Don Manuel se limitó a mirarme.